



# La Última Moda

Madrid 24 de Septiembre de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I.—Núm. 38

## SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Explicación de los grabados.—Labores.—La madrina (novela), por Jorgo Vautier (continuación).—Album: Cantares, por Cayetano de Alvear.—Tres hijas de rey, por J. S.—Ecos de la novela de la vida, por Juan de Madrid.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—El regalo de este número.—Pasatiempo.—Anuncios.

Oficinas: Claudio Coello, 13, pral.

## Crónica de la Moda.

HABÍA yo recibido antes de mi excursión á Biarritz una carta de una amiga de colegio que reside en un pueblo de corto vecindario, á unos veinte kilómetros de Angulema.

Declaro que la lectura de la epístola produjo en mi alma una viva impresión: era el grito de rebeldía de una mujer nacida para brillar en el seno de una sociedad culta, para vivir de ese trato en el que se cambian ideas y sentimientos, condenada á la reserva y á la monotonía que imponen esos centros de seres reducidos, aislados, que aparecen en el mapa como ligeras manchas, en los que las necesidades de la materia y la falta de ejercicio mental van poco á poco debilitando cuanto en nosotros hay del cielo y desarrollando cuanto tiende á acercarnos á la tierra. Grito, ó mejor suspiro, de una resignación forzosa, expansión de un alma aprisionada que pugna por romper sus cadenas; y como observar y estudiar cuanto con nuestro sexo se relaciona es mi deseo, mi gusto y mi deber, me propuse visi-



NÚM. 1.—TRAJE PARA NIÑA  
DE 6 Á 8 AÑOS

TRAJE PARA NIÑA  
DE 12 AÑOS

TRAJE PARA NIÑO  
DE 4 Á 6 AÑOS

tar á mi amiga y ver hasta qué punto eran justas sus quejas.

Algunos fragmentos de la carta á que me refiero, servirán á mis lectoras para apreciar conmigo una situación en la que se hallan gran número de mujeres. Quizás les brinde algún consuelo el asunto que me propongo estudiar en esta Crónica.

— «Tú, amiga mía, que vives en la esfera más brillante del mundo, me decías; tú, que recorres los talleres en donde las modistas reúnen lo más bello del trabajo industrial para ofrecer á las mujeres afortunadas nuevos encantos que añadir á los suyos; tú, que estás rodeada de la elegancia, del lujo, de todos los esplendores que constituyen los animados y magníficos cuadros sociales; que asistes á las funciones donde recrean su ánimo y olvidan sus aburrimientos y sus desdichas las que viven en los grandes centros de población y cuentan con recursos para satisfacer los caprichos de su fantasía; tú ignoras el contraste que ofrece la monótona existencia de las que habitamos en pequeñas y casi desconocidas localidades.

» Mi situación es poco más ó menos la de todas las que se encuentran en mi caso. Nadie se ocupa de nosotras. Hasta nuestros maridos, queriéndonos mucho, y procurando que no nos falte lo esencial—lo esencial es aquí una despensa bien provista, un corral bien poblado y un armario lleno de ropa blanca;—hasta nuestros maridos, repito, se olvidan de que poseemos una imaginación incansable y un alma ávida de

AÑO I.—NÚM. 38.



emociones. La que consigue aclimatarse; la que anula sus facultades intelectuales y se amolda á las costumbres y á las necesidades de la bestia, llega á pasar una vida exenta de tormentos y de goces morales; limitando sus horizontes, se preocupa de la cosecha, se alegra si ha comido bien y ha trabajado poco, se preocupa de cuanto pasa á sus vecinos y desarrolla en esta existencia limitada y pequeña las cualidades y los defectos que sugiere el instinto. Pero la que sigue siendo mujer, y por tanto imagina, piensa y siente; la que ha vivido en otra atmósfera y ha visto ó ha adivinado los purísimos goces intelectuales y afectivos que la mujer disfruta en los parajes en donde se la considera, se la atiende, se la honra y se la agasaja, experimenta un martirio indescriptible, que las que son felices deben conocer, siquiera para que den á todas horas gracias á Dios porque no las ha condenado á este suplicio lento y doloroso.

»He aquí, en breves palabras, para que puedas formarte una idea, el cuadro de nuestra vida. No teniendo, por toda servidumbre, más que una criada torpe y holgazana, necesitamos estar en todo, y no sólo dirigir, sino ejecutar las faenas domésticas. Si hay limpieza y aseo en nuestro hogar, si todo se halla en orden, á nuestros desvelos se debe. Madres, criamos á nuestros hijos, y todos los cuidados que necesitan se los prestamos sacrificando, eso sí, con placer nuestro sueño para que las atenciones que exigen nuestros hijos no dejen sin cumplir las cotidianas que reclama nuestra casa. Somos médicos, enfermeras, maestras, pobres de nosotras! y asustaría á cualquiera el trabajo manual y la preocupación continua á que nos obligan nuestras funciones caseras. Por añadidura, tenemos que gastar poco y aparentar mucho para satisfacer la vanidad de nuestros maridos, algunos de los cuales ¡Dios! les perdone! nos aprecian con arreglo á la utilidad que sacan de nosotras.

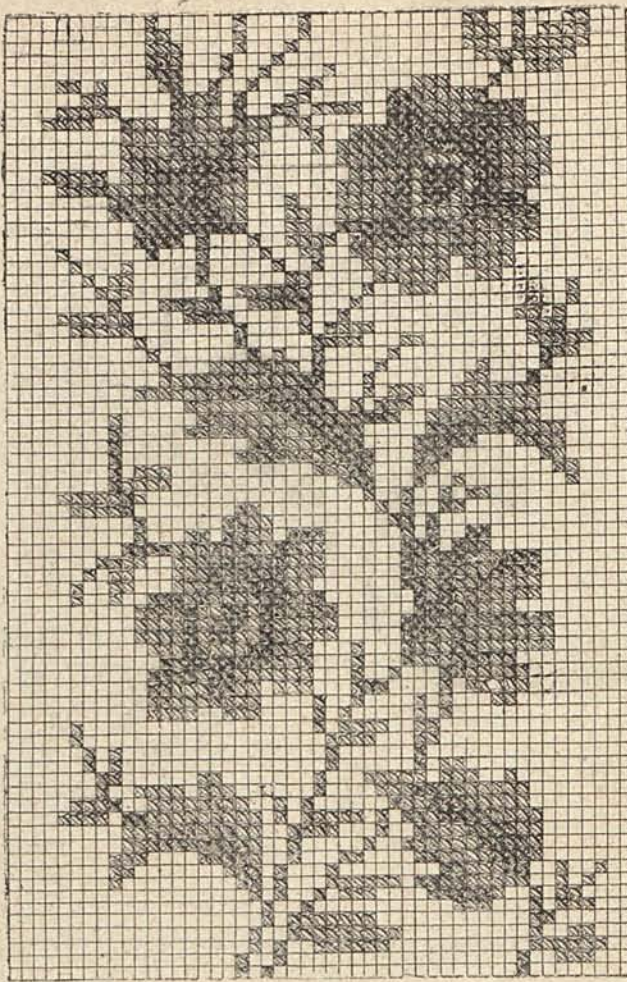
»Para nosotras no hay esas fiestas que se celebran en las capitales; qué-danse reducidas nuestras distracciones á reunirnos en las noches de invierno dos ó tres amigas para hacer labor, contarnos nuestras cuitas y murmurar del prójimo.

»Vestimos con decencia, pero sin lujo, y siempre á la penúltima Moda.

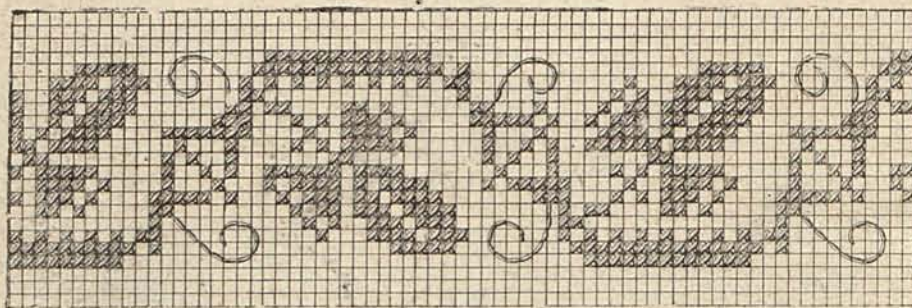
Por regla general, cortamos y cosemos nuestros trajes como Dios nos da á entender, y los hacemos durar mucho, prefiriendo que nuestros esposos y nuestros hijos no carezcan de nada, á gastar en nosotras.

»Y así pasan los días, y los ecos que llegan hasta nuestro rincón avivan esperanzas dormidas, ilusiones mal apagadas. Envejecemos pronto, y nuestra vejez dura, por que, á Dios gracias, disfrutamos, por regla general, de muy buena salud. Los sacrificios que hacemos pasan inadvertidos, y menos mal si al fin y al cabo encontramos en el amor y el respeto de los hijos la recompensa de nuestros afanes.»

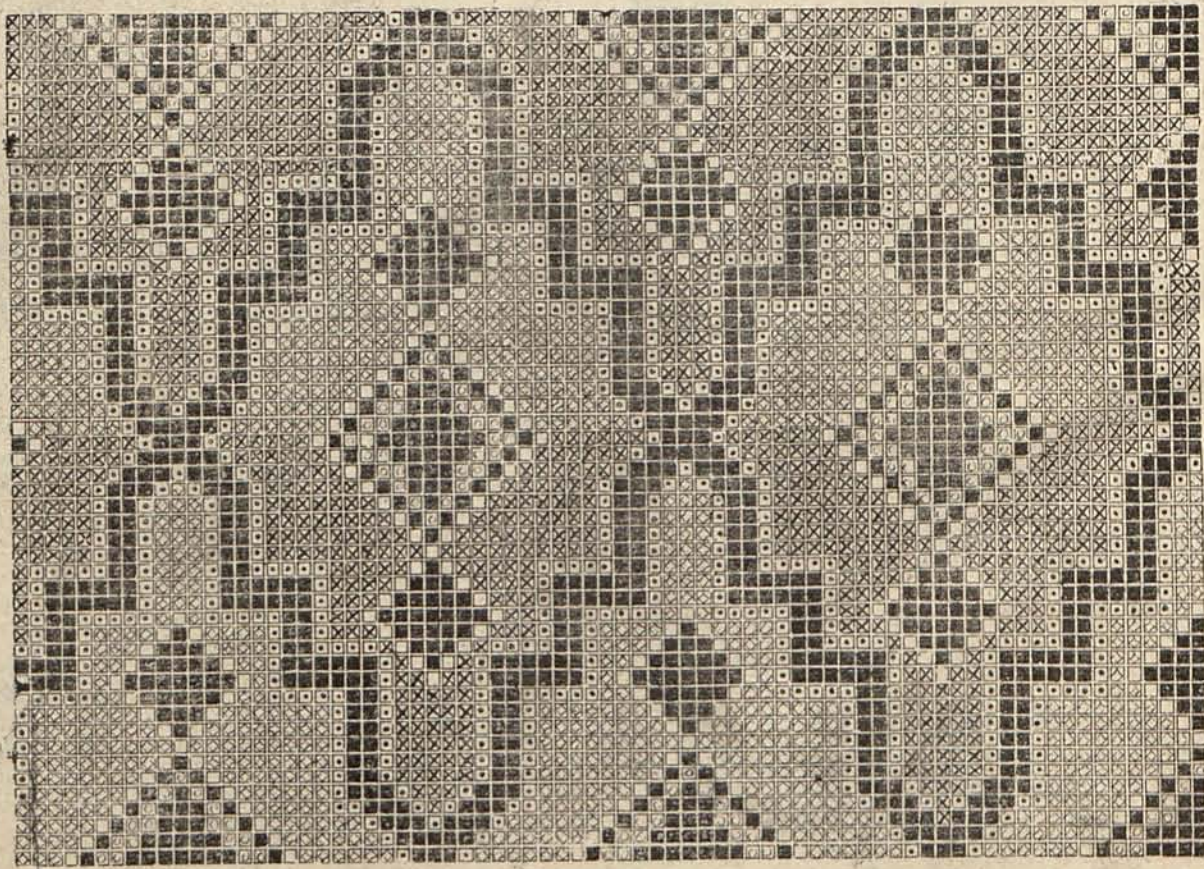
De este modo se explicaba mi amiga, olvidando que la vida es un valle de lágrimas, y que si la superficie de la existencia es la alegría, el fondo es el dolor.



NÚM. 2.—GUARNALDA DE FLORES, BORDADA AL PUNTO CRUZADO



NÚM. 3.—TIRA BORDADA AL PUNTO CRUZADO



■ Noir. □ Vert clair. ⊗ Grenat. ⊗ Rouge. □ Lilas. □ Brun. □ Jaune.

Negro. Verde claro. Granate. Encarnado. Lila. Habana. Amarillo.

NÚM. 4.—DIBUJO DE TAPICERÍA PARA ALMOHADÓN Ó TABURETE

Fui á visitarla, como he dicho, porque no hay nada que enseñe, fortalezca y consuele más que cambiar de horizontes y de atmósfera. La que se aburre en la ociosidad es envidiada por la que, obligada á faenas útiles para los seres que la rodean, no tiene tiempo para aburrirse. Sobre este tema podría hablar mucho para demostrar lo que pocos ignoran: que nadie está contento con su suerte.

Mi amiga, que no me esperaba, se sorprendió agradablemente; pero fué mayor que la suya mi sorpresa al ver su excelente salud, su color sano, su cutis fresco y el vigor que acusaba su persona. No es así como presentaría un escultor la estatua del sufrimiento.

Todo le parecía poco para obsequiarme. Llamó á sus hijos, una robusta niña de cuatro años y un pequeñuelo de dos, coloradotes, recios, un poco bastos, pero muy limpios y muy guapos.

—Son cerriles, me dijo.

Pero noté que exageraba, porque las criaturas no se asustaban ni huían de mi presencia; antes por el contrario, me miraban con curiosidad y se complacían de mis caricias.

Después me enseñó la casa, amplia, cómoda, muy aseada, hasta adornada con cierta coquetería. Todo mostraba allí un bienestar modesto, pero agradable; todo respiraba allí una felicidad relativa.

—¿Y tu marido? le pregunté.

—Me quiere mucho, pero á su manera. No piensa más que en ganar dinero, en aumentar nuestra fortuna, sobre todo desde que tenemos hijos, pero su carácter no es expansivo; hay semanas en las que apenas hablamos más que de las cosechas, de los precios de los granos, de las labores que se han hecho ó se deben hacer. Me aburro, amiga mía,

me aburro en esta soledad. Pienso en París, en aquel París que me parece haberlo soñado; ¡y soy tan desgraciada!

—Ese es tu verdadero mal, querida mía, le dije, sueñas, y juzgas real lo que has soñado.

Entonces le describí la vida que hacen en las grandes poblaciones las señoras que al parecer gozan y son felices en medio de los primores de la elegancia, de las brillantes fiestas, de los atractivos de la sociedad, y no

creo oportuno repetir mi descripción, porque muchas de mis lectoras saben de sobra que no es oro todo lo que reluce.

Mi sermón no la convenció. ¿Hay alguien que no juzgue que sus desdichas son superiores á las de los demás?

—Sólo me anima una esperanza, me dijo: dentro de cuatro ó cinco años será preciso educar á los hijos; mi marido los quiere con delirio, no consentirá que se separen de nosotros, y como, á Dios gracias, nuestra fortuna aumenta, iremos á vivir á París y allí me resarciré de mis actuales privaciones.

Mi amiga padecía, en medio de su buena salud, una enfermedad de las más terribles: una exacerbación imaginativa, un vivo deseo de lo que no se tiene; dolencia de la que Dios nos libre, porque es la



más penosa que se puede sufrir. Las que la padecen son dignas de lástima; pero es inútil indicarles el remedio; no lo quieren escuchar.

Sin embargo, allí mismo, en la humilde y pacífica localidad donde mi amiga se aburría, tuve ocasión de conocer á una señora, joven también, esposa y madre, que ofrecía un notable contraste con mi antigua compañera de colegio.

Era mujer del médico; había pasado la niñez y los primeros años de la juventud en una importante ciudad; había recibido una educación esmerada, y por esos motivos parecía que debía considerarse como desterrada en aquel rincón.

Informada de mi presencia y relacionada con mi amiga, creyó un deber de cortesía visitarme.

Desde el primer momento me agradó su trato franco y sencillo. Vestía con

modestia, pero con elegancia, y noté en su adorno, á pesar de la sobriedad, ciertos perfiles que eran tributo pagado á las últimas novedades de la Moda. La conversación fué amena. Nada era extraño para ella; conocía las personas y las cosas que más relieve alcanzan en París; tenía noticia de los sucesos de la vida social parisiense; conocía los libros más en boga; juzgaba las modas del día; sabía los usos y costumbres sociales; y todo esto expresado con naturalidad, sin pretensiones, sin darse tono de marisabidilla.

Mi amiga la escuchaba con sorpresa y asombro.

Cuando se fué después de una corta visita, no pude menos de exclamar:

—¿Cómo, teniendo una amiga tan discreta y tan ilustrada, no cultivas su trato?

—¡Si me he maravillado!... Jamás habla con nosotras de lo que ha hablado contigo!... Si no la hubiera oído, no habría creído que estuviese tan informada de lo que pasa por el mundo.

Era natural que correspondiese á su deferencia, y al día siguiente, antes de partir, acudí á devolverle la visita.

Su casa era un encanto: sin lujo, había comodidad, buen gusto y hasta elegancia. Sus hijos se presentaron vestidos como los de una parisiense. En su gabinete, que me enseñó, había en el pupitre del piano una de las últimas creaciones de Gounod; en un estante vi la última novela de Alfonso Daudet, y sobre un velador uno de los periódicos de Modas más completos, tanto en su parte artística como en la literaria.

—He notado, la dije al despedirme, que no se queja usted de vivir en una población tan pequeña y de tan escasos atractivos.

—¿A qué fin? contestó. La Providencia me ha colocado aquí: sus razones tendrá. Gracias á Dios, tengo un esposo que me quiere y me considera, unos hijos que me encantan; nuestra posición es desahogada, y me permite, sin hacer sacri-

ficios, llenar el vacío que de otro modo encontraría en una población de tan pocos recursos. Mi periódico de modas me informa de cuanto pasa en la buena sociedad; me permite seguir el movimiento de la novedad; me enseña los usos y costumbres; mantiene mi espíritu en contacto con las ideas y los sentimientos de la capital; me ofrece modelos de labores que me entretienen hoy y me servirán mañana para enseñar á mi hija; modelos de trajes, con los que renuevo los míos y arreglo los de mis pequeñuelos; me aconseja los libros recreativos que he de leer, me habla de las comedias que se estrenan, de las obras de arte que se exhiben, y de este modo mi imaginación y mi alma encuentran el alimento que necesitan. Cuando mi esposo vuelve cansado y triste de visitar enfermos, y durante el invierno, en las largas veladas, yo le cuento lo que he leído, pensamientos y sentimientos.

los dos, los niños nos escuchan y educan su alma y su inteligencia. Por otra parte, disfruto de una apacible calma, tengo tiempo de sobra para todo, y comparto entre las faenas de la casa y el cultivo de mis aficiones las largas horas que otras emplean en aburrirse y renegar de su suerte.

Hablaba con tal sinceridad, con tal sencillez, que no pude menos de estrechar su mano con efusión.

—¡Signe ese ejemplo! dije á mi amiga.

—¡Es un alma de Dios! me contestó; se contenta con poco.

¡Contentarse con poco y saber escogerlo! He aquí el secreto de la felicidad.

B. VALMONT

#### EXPLICACIÓN de los grabados.

N.º 1. Traje para niña de seis á ocho años. —1.º Falda escocesa, color marrón de dos tonos, plegada todo alrededor. Chaqueta de cachemir, color marrón liso, abierta sobre un chaleco de tela escocesa. Mangas lisas. Solapas y bocaman-

gas de *surah*. Tela necesaria: 6 metros de tela escocesa, 1,50 de cachemir y 3 de *surah*. Sombrero de paja inglesa, color marrón, adornado con un gran lazo de cinta sujeto por una hebilla. —2.º Traje para niña de doce años. —De tisú rayado, azul claro y azul oscuro. Falda plegada á palas con pequeños *paniers* en los costados y *pouf* recto por detrás. Cuerpo redondo, con solapas, abierto sobre un *plastrón* fruncido. Mangas lisas. Tela necesaria: 10,50 metros de tisú. Sombrero de paja azul, levantado en un lado, adornado con cocas de cinta azul oscuro y azul claro. —3.º Traje para niño de cuatro á seis años. —Es de paño verde oscuro. Pantalón corto, abrochado en la rodilla. Blusa ajustada, abierta sobre un chaleco de paño color Habana, adornada con sardinetas de pasamanería. Gorra de terciopelo y paño verde oscuro.

Números 2, 3 y 4. (Véase Labores.)

Núm. 5. Traje de Casino. — Falda plegada, de *surah* verde musgo, listado

AÑO I. — N.º 38.



NÚM. 5.—TRAJE DE CASINO



NÚM. 6.—TRAJE DE CASINO





NÚM. 7.—TRAJE PARA PASEO

de blanco. Segunda falda de fulard floreado, del mismo color, plegada á pliegues escalonados y muy levantada en los costados. Cuerpo muy ajustado, del que salen dos *paniers* rodeados de puntilla. El delantero del cuerpo se abre sobre una camiseta de *surah*, igual á la primera falda. Mangas lisas.



NÚM. 13.—TRAJE PARA NIÑA DE 6 AÑOS (Delantero y espalda.)

Núm. 6. **Traje de Casino.**—De muselina de lana, fondo grana con flores estampadas. Falda redonda, plegada por detrás y drapeada por delante, adornada con dos anchas puntillas de *guipure* crema, colocadas en el lado izquierdo en forma de quilla. Cuerpo coselete con hombreras, colocado sobre una camiseta de *guipure*, fruncida sobre seda grana.



NÚM. 8.—TRAJE PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS (Espalda.)

Núm. 7. **Traje para paseo.**—De fulard, fondo verde, sembrado de rosas. Falda recta. Polonesa levantada en un solo costado, rodeada de un escarolado de seda verde. El cuerpo está adornado con un *plastrón* plegado, rodeado de un escarolado como el de la polonesa. Cinturón ruso y canesú de terciopelo. Mangas lisas. Tela necesaria: 15 metros de fulard. Sombrero de paja de arroz, de ala plana, adornado con un plegado de fulard y un puñado de plumas de avestruz.

Números 8 y 11. **Espalda y delantero de un traje para niña de ocho á diez años.**—Es de muselina de lana. Falda plegada á pliegues dobles, Cuerpo con aldetas, abierto por delante sobre un *plastrón* fruncido, que baja en forma de delantal hasta el borde de la falda, de muselina bordada color crudo. Cinturón de *surah* anudado en el lado. Lazos de cinta en el hombro y las aldetas de la parte de atrás.

Números 9 y 10. **Espalda y delantero de un traje para niña de diez á doce años.**—De cachemir de la India, azul eléctrico. El cuerpo, en forma de polonesa por detrás, está suelto por delante sobre un *plastrón* de *guipure*. La falda es fruncida todo alrededor, y tiene delante dos pequeños *paniers*. El cuello, las solapas y las carteras de las mangas son de terciopelo rayado. Cinturón de cinta anudado, flojo por delante. Lazos en el hombro y adornando la polonesa. Tela necesaria: 9 metros de cachemir de la India y 2 de terciopelo rayado.

Núm. 12. **Traje para comida de ceremonia.**—Este elegante traje es de faya y encaje negro. Falda redonda, plegada á pliegues rectos por detrás y guarnecida por delante con dos anchos volantes de encaje Chantilly, separados por otra puntilla de pasamanería y azabache. Cuerpo corto y cruzado, cerrado con doble fila de botones de pasamanería, abierto en la parte alta sobre una camiseta fruncida de *surah* crema, rodeada de anchas solapas cubiertas de bordados de pasamanería y azabache. Mangas lisas con carteras bordadas. Un ancha cinta de moaré rodea la cintura y se anuda en el lado, formando grandes caídas sobre la falda.

Núm. 13. **Trajecito para niña de seis años (Espalda y delantero).**—De lana crema, estilo Pompadour. Falda fruncida por delante y plegada por detrás. Unos bolsillos cuadrados y rodeados de una tira bordada ador-

nan los costados de la falda. Cuerpo largo, abotonado en el lado. Cuello vuelto, y las bocamangas bordadas.

Número 14. **Traje de mañana.**—Cuerpo de lana lisa, gris hierro, adornado con cuello y solapas de lana listada de varios colores. Mangas fruncidas con puños listados. Falda ligeramente fruncida. Larga polonesa guarnecida con tiras de lana listada, abierta en el

costado derecho. Cinturón Imperio, de lana listada. Núm. 15. **Traje de Casino.**—Falda redonda de terciopelo cincelado. Polonesa de seda, recogida por detrás y abierta por delante sobre la falda; está adornada en el cuerpo con un *plastrón* liso rodeado de pasamanería. Mangas lisas.

Núm. 16. **Traje marinero para niña (Espalda**



NÚM. 14.—TRAJE DE MAÑANA

y delantero). Falda plegada á pliegues dobles, guarnecida con una tira de lana listada. Chaqueta blusa con cuello marinero de tela listada, suelta sobre una camiseta fruncida. Mangas lisas con carteras listadas. Una áncora bordada adorna la parte alta de la camiseta.

#### LABORES

Número 2. **Guirnalda de flores, bordada á punto cruzado.**—Se borda con sedas de Argel, de dos tonos de encarnado,



NÚM. 10.—TRAJE PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS (Delantero.)

#### LA MADRINA, por Jorge Vautier.

(Continuación) (1).

Santiago no dejó de ver de cuando en cuando á Claudina; muchas tardes, al volver de la escuela con

(1) Véanse los números anteriores.

sobre paño azul oscuro. Para ejecutar este bordado se coloca sobre el paño un pedazo de cañamazo, cuyos hilos se sacan después de concluida la labor.

Número 3. **Tira bordada al punto de cruz.**—Se ejecuta sobre tela cruda, con algodones de colores. Número 4. **Dibujo de tapicería para almohadón ó taburete.**—Los colores se indican al pie del grabado.



NÚM. 11.—TRAJE PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS (Delantero.)

chándose del dolor de la viuda, se había apoderado de la casa y la manejaba á su antojo; otras veces le contaba sus ocupaciones, sus esperanzas, sus tristezas...

Un día le dijo:

—Tu tío no quiere que vayas al colegio, y por eso estás triste. Pues bien; yo hablaré de ti al primo Haget.

El domingo siguiente, al regresar de la casa de Claudina, el profesor entró en la posada, llamó á Santiago y le hizo varias preguntas.

Al cabo de quince días volvió, habló largamente con Juan Vineux, quien se mostró muy satisfecho al oír á un sabio elogiar á su sobrino, y le anunció que dando ciertos pasos podría obtener lo que se llamaba antes una beca, es decir, la instrucción gratuita y hasta asistencia en un colegio del Estado.

El posadero accedió, y desde aquel momento Santiago dejó de tratar á Claudina como hasta entonces. Bien es verdad que sólo la hablaba raras veces, y siempre por sorpresa.

Los estudios le ocupaban mucho tiempo, y además Claudina era objeto de una severa vigilancia por parte de Mad. Pivier, que no la dejaba un solo instante de libertad.

Pasaron años tras años: los niños se hicieron jóvenes; ella había cumplido catorce años, él quince, y ya los vecinos se sonreían maliciosamente al verlos al anochecer hablar en voz baja á través de la verja del jardín.

La muerte llamó de nuevo á la puerta de la casa de las persianas verdes, y se llevó á la pobre viuda, que desde que perdió á su esposo no hacía más que llorar y sufrir.

Las persianas volvieron á cerrarse y no se abrieron más. En la puerta principal se fijaron grandes anuncios en papel de color, y pocos días después un notario vestido de negro se instaló en la posada de Juan Vineux y vendió en pública subasta la casa, el jardín y los muebles.

Unos cuantos operarios arrancaron las flores, cortaron los árboles, quitaron la verja; poco después los albañiles elevaron una tapia de ladrillos en torno de la casa, que se convirtió en una fábrica.

Al día siguiente del entierro de la madre de Claudina, la señora Pivier se llevó á su lado á la niña. Esta señora vivía en el extremo opuesto de la ciudad, en la fábrica que dirigía

los libros debajo del brazo, su bía la pendiente en cuya cima se hallaba la casa de las persianas verdes, se sentaba bajo los sauces, al lado de la verja del jardín, y esperaba á Claudina, que algunas veces se acercaba, y los dos podían hablar algunos momentos.

La niña le contaba, con los ojos llenos de lágrimas, la tiranía de que era objeto por parte de Mad. Pivier, que, aprovechándose del dolor de la viuda, se había apoderado de la casa y la manejaba á su antojo; otras veces le contaba sus ocupaciones, sus esperanzas, sus tristezas...



NÚM. 12.—TRAJE PARA COMIDA DE CEREMONIA

por sí desde la muerte de su marido, y allí la tuvo como prisionera.

Para ver á Claudina, aunque de lejos, Santiago iba todos los domingos á oír la misa mayor en la catedral. Oculto detrás de un pilar pasaba horas enteras contemplando á la joven y escandalizando á los devotos. A la salida, en el atrio, la veía



NÚM. 16.—TRAJE PARA NIÑA (Delantero y espalda.)



alejarse entre la señora Pivier y el grandullón de Víctor, á quien obligaba su mamá á dar el brazo á su prima. Santiago no se atrevía á seguirla y volvía tristemente á encerrarse en un cuarto con sus libros y el recuerdo de algunas furtivas miradas que le había dirigido la joven, burlando la vigilancia de su tía.

Los años empleados en los estudios del colegio pasaron rápidamente. Al terminarlos obtuvo triunfos de los que se habló mucho en la ciudad, no sin halagar sobremedida el amor propio del posadero.

Llegó por fin el momento de elegir carrera, y esto suscitó nuevas batallas.

El tiempo que le quedaba libre después del estudio y la lectura, lo dedicaba á escribir versos, que guardaba en un cajón, negándose absolutamente á enseñarlos. Esta nueva manía desesperaba á Juan Vineux, que no profesaba ningún afecto á la literatura, por haber tenido en otros tiempos como huéspedes á algunos periodistas, tan dados al desorden como olvidadizos al tratarse de pagar el hospedaje; así es que le indignaban las aficiones de su sobrino.

Juan Vineux procuró tener por aliado en su campaña á M. Haget; pero éste, con gran sorpresa del posadero, á pesar del carácter respetable y del sentido práctico que le atribuía, se mantuvo reservado, declarando que no era conveniente contrariar las vocaciones.

No satisfizo esto á Juan Vineux, lo que no fué óbice para que el día en que Santiago ganó el premio en un certamen abierto por la Sociedad de las Musas, celebrase este triunfo destapando unas cuantas botellas de lo más rancio que tenía guardado como oro en paño en su bodega.

Entre amigos y vecinos, y bebiendo buenos tragos, se habló, como era natural, de todas las personas conocidas. ¿Qué puede hacerse en una localidad pequeña si no se murmura un poco del prójimo?

—Ya sabrán ustedes lo que ocurre, dijo uno. La señorita Claudina, la hija del Doctor, va á ser muy rica. El hermano de su difunto abuelo, el tío Perrón, ha muerto en lejanos países después de haber hecho esperar á la chica la herencia durante muchos años.

—Es verdad, añadió otro; ahora recuerdo que cuando el Doctor se casó con la hija del tío Perrón, ya se hablaba de que con el tiempo heredaría. Como que más de cuatro y más de ocho hacían la corte á la muchacha sólo por eso.

—Pues, según parece, lo que ha dejado el difunto es mucho más de lo que se presumía. ¡Poquito contenta que está la señora Pivier! ¡Ya se ve! Como estaba enterada de todo, no perdía ripio, y desde que murió el doctor ha hecho todo lo posible por casar á Claudina con el borrico de su hijo, para que todo quede en casa, como suele decirse.

—¡Toma! Eso ya lo sé; pero dicen que la chica no entra por uvas: y la verdad es que cuando sale á la calle con su tía y su primo parece un prisionero que va entre dos gendarmes.

—De todos modos, la señora Pivier no es mujer de dejarse arrebatar la presa. ¡Bonito genio tiene para consentir que juegue con ella una muchacha! Además, hasta ahora, siempre que una cosa se le ha puesto en la cabeza, se ha salido con ella.

Nadie notó la palidez lívida de Santiago, que escuchaba silencioso, con los ojos bajos, y torturando con su mano el bozo que sombreaba su labio superior; ni ninguno de los circunstantes observó la triste preocupación que durante el resto de la noche le hizo permanecer callado.

Su melancolía aumentó en los días siguientes.

El domingo no fué á la misa mayor, y durante dos semanas no fué á la ciudad, contentándose con dar algunos paseos solitarios por el campo.

Esta profunda tristeza terminó de pronto un día que el cartero le entregó una carta en cuyo sobre había trazado su nombre una mano cuyas huellas reconoció.

Abrió la epístola temblando, la leyó, y lanzó un grito de alegría.

—¿Qué te pasa? le preguntó su tío. ¿Te han concedido un nuevo premio?

—No, señor, no es nada... contestó Santiago corriendo á ocultarse en su cuarto, de donde no salió en todo

el día, y en donde no hizo otra cosa que dar grandes paseos con la mayor agitación.

Al oscurecer partió de la posada sin querer decir á dónde iba.

Sus misteriosas salidas se repitieron frecuentemente.

Juan Vineux tenía demasiadas ocupaciones en su posada para preocuparse de las entradas y salidas del joven; pero no pasó mucho tiempo sin que se oyese hablar de ellas.

En las pequeñas poblaciones nada puede permanecer ignorado, y no tardaron en soplar al oído del posadero que Santiago iba muchas veces por semana, á la caída de la tarde, á rondar cerca de la fábrica de la señora Pivier.

Los vecinos se habían puesto en acecho para sorprender su secreto; pero aunque no lo habían logrado, sabían lo bastante para sospechar que Santiago estaba enamorado de Claudina, y que celebraba con ella entrevistas misteriosas.

Al pronto Juan Vineux frunció el entrecejo; pero reflexionó que un matrimonio con la rica heredera podía ser un magnífico negocio; así es que habló de él á Santiago sonriéndose.

A las primeras palabras el joven exclamó:

—La señorita Claudina posee una gran fortuna, y yo no tengo nada.

—Razón de más para tomarla por mujer.

—Si alguna vez pensara en casarme con la señorita Claudina, no lo haría hasta después de haber alcanzado una posición que me igualase á ella.

Tan enfadado estaba y hablaba con tal firmeza, que el posadero no insistió, limitándose á murmurar:

—Es orgulloso como su padre.

No habían transcurrido dos semanas cuando Santiago le anunció á quemarropa que quería ir á París para adquirir una posición y conquistarse un nombre. ¡Dedicarse á la literatura en París, cuando era tan fácil conseguir en la ciudad un buen empleo!

Juan Vineux declaró rotundamente á su sobrino que lo que proyectaba era una solemne locura; pero no creyéndose con fuerzas suficientes para apoyar sus palabras con una demostración en toda regla, y tratándose de letras, llamó de nuevo en su auxilio á monsieur Haget.

Decididamente era un hombre extraordinario aquel profesor austero. Al oír hablar de París, sus pequeños ojos se encendieron; su mano tembló sobre el papel en donde escribía los puntos para las buenas notas de sus discípulos, y echó un borrón, lo que demostraba en él una gran agitación.

—¡París! repitió muchas veces... Digale usted que tiene mucha razón en desear ir á París.

Juan Vineux, que reconocía su ignorancia, profesaba á los sabios gran respeto, y ante aquella aprobación dobló la cabeza.

Santiago partió, pues, llevando en una maleta su modesto equipaje, una docena de manuscritos y los escasos ahorros que su padre le había dejado, con los cuales podía esperar á la fortuna durante algunos meses.

Al final de la cuesta se volvió para mirar por última vez la posada y el paraje donde había estado la casa de las persianas verdes; enjugó las lágrimas que asomaron á sus ojos, y continuando después la marcha se dirigió hacia la izquierda y desapareció á través de las calles de la ciudad.

—¿Qué diablos hace ese chico? exclamó la vieja criada del posadero. En vez de tomar el camino de la estación, se ha dirigido á la ciudad.

Juan Vineux guiñó maliciosamente un ojo:

—O mucho me engaño, dijo, ó ha ido á esperar la hora del tren cerca de una fábrica que yo conozco.

### III

Transcurrieron algunos años, y no volvió á oírse hablar de Santiago.

Juan Vineux recibía en los primeros días de cada mes una carta con el sello de la administración de correos de París; pero se las guardaba en el bolsillo, sin decir á nadie las noticias que contenía, y que seguramente no eran muy agradables.

También desapareció á su vez el posadero: era ya

viejo: estaba cansado y cedió la posada á su antigua criada, que había encontrado el medio de poseer algunos ahorros.

Hecho el traspaso, se marchó de la ciudad sin que nadie lo notase, á no ser sus asiduos parroquianos.

Nada cambia en esas poblaciones muertas, ni los monumentos, ni las costumbres, ni los habitantes; los días pasan sin dejar huella alguna, y si Santiago hubiera vuelto después de su larga ausencia, hubiera podido figurarse que había partido el día anterior.

Al pasear en torno de la fábrica, hubiera hallado los mismos rostros curiosos detrás de las cortinillas de las ventanas, hubiera oído el ruido monótono de las máquinas, y el domingo hubiera visto abrirse la puerta grande, cerrada durante toda la semana, para dar paso, á la hora de la misa mayor, á la señora Pivier, á Claudina y al grandullón de Víctor.

Claudina estaba entonces en todo el apogeo de su juventud, y cuando salía de la iglesia se veía perseguida por las miradas de los jóvenes, que siguiendo la antigua costumbre, se agrupaban delante del pórtico para ver pasar á las niñas bonitas.

Más de uno había tratado de llamar su atención; pero todas las tentativas amorosas habían tenido que sucumbir ante la vigilancia de los dos dragones que no la abandonaban, y ante la indiferencia de la joven, que era su mejor guardián.

Parecía, en efecto, que nada veía ni nada comprendía. Su rostro pálido, iluminado por grandes ojos negros, tenía una expresión de tristeza que daba pábulo á muchos comentarios.

Decíase que estaba poco menos que emparedada; que la obligaban á permanecer cerca de su primo, á quien rechazaba con la mayor obstinación; no faltando también quien añadiera que guardaba piadosamente en el fondo de su corazón un amor oculto, por más que eran inútiles cuantos esfuerzos se hacían para sorprender sus secretos.

Santiago había sido olvidado; nadie pensaba en él, á no ser algunas comadres del arrabal que conservaban el recuerdo de la casa de las persianas verdes.

La criada del posadero, convertida en dueña de la posada, pretendía estar bien enterada de todo; pero no decía «esta boca es mía», y cuando le dirigían alguna pregunta, se limitaba á responder en tono sibilitico: —¡Vivir para ver!

Una mañana que estaba conversando la posadera con las parroquianas que acudían á saborear los licores que expedía, el ómnibus del hotel del *Gran Monarca* pasó por delante de la posada, levantando una nube de polvo.

Una mujer vestida con elegancia, pero cuyo rostro ocultaba un espeso velo, ocupaba el carruaje.

—Es una de las cómicas que han llegado de París, dijo la tía Rosa, gacetrilla viviente de la ciudad.

—¿De las cómicas?

—Sí... ¡qué! ¿no saben ustedes que ha llegado una gran compañía y que habita en el hotel del *Gran Monarca*? Han venido á representar una función en honor de... de... ¡qué diablo de memoria!... ya se me ha ido la especie.

—Será en honor de la estatua de la plaza Mayor...

—Eso debe ser: lo cierto es que la ciudad se ha puesto en conmoción. Habrá colgaduras, banderas, se abrirá el teatro, que ha estado cerrado dos años nada menos, los cómicos darán esta noche una función después del banquete, y acudirán á ella el subprefecto, el alcalde, las autoridades, en fin, lo más granado de la población.

—¿Y dice usted, tía Rosa, que esa mujer es de la compañía?

—En primer lugar, se conoce á la legua; y después, como va en el coche del hotel...

—¿Y adónde irá por ahí?

—¡Quién sabe!... Esas mujeres se pasean en coche aunque no sea más que por derrochar el dinero... son unas condenadas... ¡Dios me perdone! Cuando estuve en París, tuve ocasión de enterarme de la vida que hacen. Por lo demás, los cómicos que han llegado ayer deben estar nadando en oro. El tío Bautista, que los vió llegar, dice que en toda su vida ha visto reunidos tantos baúles como los que han traído.

(Se continuará.)



## ÁLBUM

CANTARES

Por miedo de que se empañe  
La pureza de tu rostro,  
Ni siquiera, vida mía,  
Te acaricio con los ojos.

—  
Cuando pasas y me pongo  
Tan pálido como un muerto,  
Es que el alma me abandona  
Para volar á tu encuentro.

—  
Compañerita del alma,  
Mírame bien á los ojos,  
No me pidas confesiones  
Que ellos te lo dirán todo.

—  
Desde que tu fría imagen  
Puse dentro de mi pecho,  
Dudo ya de si la nieve  
Se deshace con el fuego.

—  
¡Compañera de mi vida,  
Mira tú si habré soñado...  
Que soñé que me querías!

CAYETANO DE ALVEAR

## TRES HIJAS DE REY

Éranse tres niñas, y las tres hará muy pronto veinticinco años que corrían, cantaban y jugaban camino de Jugenheim, sueltos al aire los cabellos y con la sonrisa fija en los labios. ¿Quién no las conocía en la ciudad libre de Francfort? Los diplomáticos, al saludarlas, murmuraban frases solemnes: «Leyes de sucesión de 1833... Schleswig... Cuestión de los Ducados» ¡y qué sé yo cuantas cosas más! Las niñas no prestaban atención á estas palabras: en su casita de Jugenheim se cosían ellas mismas sus trajes; María Sofía, la segunda, había aprendido á cortarlos, y con los quince francos mensuales que recibía cada una de ellas para alfileres, ¡si vieran ustedes qué bien se componían. ¡Qué lindas parecían con trajes de *chaconada*! porque entonces aún estaba de moda el *chaconada*. ¡Ya se ve, hace tantos años!

Daba gozo mirarlas. Ni se cansaban de reír, ni se rendían de jugar. Y á buen seguro que ninguno de los aldeanos que las veían corretear por caminos y sendas sospecharon nunca que aquellas tres niñas habían de ser, con el tiempo, la una emperatriz, reina la otra, duquesa la tercera. Porque las tres lindas y juguetonas niñas eran ni más ni menos que las hijas del duque de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg, aquel duque que daba lecciones de dibujo para aumentar su modestísima renta, en espera de la corona de Dinamarca. Vino, por fin, la suspirada corona, y ya no se vió más á las tres niñas en la carretera de Jugenheim, ni se oyó á la hora de la cena los acostumbrados gritos del aya: «¡Alejandra, Dagmar, Tyra, venid aprisa, que papá está de vuelta!» ¡Claro! ¡Como que Alejandra, Dagmar y Tyra son ya las hijas de un rey! Y éste no fué más que el principio de su fortuna.

Alejandra es hoy princesa de Gales, y será un día reina del Reino Unido de la Gran Bretaña y de Irlanda, y sus colonias y dependencias en Europa, Asia, África, América y Oceanía, emperatriz de las Indias y protectora de la fe. El *Almanaque de Gotha* así lo dice, y el *Almanaque de Gotha* nunca miente á sabiendas. Ya va para treinta años que Alejandra espera la triple corona, y la espera alegre, afectuosa con cuantos la rodean, siempre elegante y árbitra indiscutible en materias de moda. Pasa el tiempo por la futura reina sin dejar huellas ostensibles. El príncipe se aleja de su esposa meses enteros... ¡los viajes, la política, asuntos de Estado!... Y el carácter de la princesa no se altera, como no desaparece la frescura de su rostro ni la sonrisa de sus labios. Le princesa para nada se cuida de la política. Inaugura hospitales, protege las artes, se interesa por las letras, inventa trajes; y con su benévola sonrisa dicta las leyes inapelables de la moda. Tal es el papel que le han asignado, y á fe que lo desempeña con singular talento. Muchos piensan que con extraordinario placer. Pero los amigos de la futura reina saben á qué atenerse, y cuentan que á menudo, á la caída de la tarde, en el gran *hall* de Sandringham, la princesa Alejandra pasa horas y horas enteras mirando los carbones que se enrojecen en la inmensa chimenea, indiferente á los gritos de la princesa Maud y á las bromas del príncipe Alberto.

¿Su Alteza duerme? No: Su Alteza piensa en aquella feliz Alejandra que se cosía los vestidos, creyéndose destinada por la suerte á ser mujercita de algún principillo alemán y algo tronado, pero muy casero y fiel á sus deberes. Y es sabido: cuando Su Alteza Imperial y Real piensa en aquella célebre Alejandra, Su Alteza acaba siempre por ponerse triste... Pero la visión de la infancia se desvanece; la princesa se debe á sus súbditos; ¡pues no se había olvidado de que tiene que lucir un traje de nueva forma, que copiarán sumisas las damas de la corte?... La princesa se sonríe. La princesa de Gales es feliz.

Sofía María se llama hoy María Feodorowna Dagmar, emperatriz de todas las Rusias. Su poder se extiende de uno á otro extremo del mundo; el humilde *mujik*, el salvaje tártaro, ven en ella á la dulce soberana que parece no intervenir en nada y todo lo gobierna con tanta majestad como dulzura.

En Rusia, jamás se ha dicho nada en contra de la zarina; ¡quién no sabe que María Feodorowna es la providencia de los tristes, el amparo de los desvalidos! La zarina sabe cuán necesaria es á su esposo, que en ella tiene depositada toda su confianza, á sus hijos, á Rusia, de quien es protectora, á Dinamarca, cuya causa defiende, y á todos aquellos que se acuerdan del ayer y que dudan del mañana. La zarina lo sabe; pero hace como si no lo supiera.

¡Y qué talento, qué habilidad ha debido poner en juego para conservarse danesa y parecer eslava; para ser dama elegante á la moderna, y á la vez digna compañera de un autócrata; para combinar con delicado arte un peinado á la antigua rusa y un traje acabado de salir de los obradores de Worth!

La princesa, alegre de ordinario, tiene también sus horas de tristeza. En el parque de Peterhof, cuando se pasa las horas oyendo á su marido, el señor, el zar, que toca la trompeta con toda la fuerza de sus formidables pulmones, ¿cuánto va á que la princesa piensa en aquel Romanoff, que tocaba melancólicamente el piano, allá, en Niza, y que se extinguió en los brazos de la princesa Sofía María, en el triste cuarto de una fonda? La emperatriz sale siempre de sus tristes reflexiones si se trata de organizar un baile. El zar descansa, la zarina baila, baila sin cesar, sin tomar aliento. Muchos piensan que se divierte la zarina, y la zarina trata de olvidar el presente; y ¡quién sabe si la dulce soberana, poderosa entre los poderosos, no experimenta doloroso placer al saltar sin tregua ni descansar! ¿No le mandaban, cuando era niña, que no corriera por miedo de que rompiera los zapatos? Ahora puede correr y romperlos: es la zarina.

Thyra lleva hoy el título de duquesa de Cumberland. Sería reina de Hannover si lo hubieran querido los súbditos de su hermano Alejandro. Lo será si se empeñan los súbditos de su hermana Dagmar. ¡Quién sabe! Los tratados de alianza no son eternos.

En Jugenheim la llamaban cariñosamente «la pequeña», y así siguen llamándola en la familia. La miman ahora tanto como antes. Sus hermanos mayores la adulan: parece como si quisieran disculparse á los ojos de Thyra de no haber sabido darle una corona. No la necesita la hermana menor: cifre sus sienes una corona que, si no es real, no por eso inspira menos respeto.

¡Con qué simpatía la saludan los que la ven pasar, pálida, consumida por la fiebre y los ojos enrojecidos por las lágrimas! El año pasado, cuando estuvo tan enferma que fué preciso para cuidarla acudir á manos extranjeras, cuando, por devolver la calma á su abatido espíritu, la obligaron á separarse del duque, su esposo, ¿quién no se sintió presa de respetuosa piedad hacia la desgraciada joven?

¿No ha de echar de menos aquellos alegres juegos de Jugenheim? Cuando el año pasado los médicos anunciaban al mundo: «La Duquesa no ha pronunciado una palabra hace veinticuatro horas», es de presumir que la enferma reflexionara en aquel tiempo en que no era más que una triste y pobre Princesa, pero una niña alegre y feliz.

No hace muchos días que, camino de Gmunden, al pie de los Alpes austriacos, apenas cubiertos de nieve y cerca del lago italiano que se pierde en Austria, paseaban las tres hermanas, Alejandra, Dagmar y Thyra. Paseaban del brazo como en los buenos tiempos. En la capital quedaban los chambelanes, los títulos registrados en la aduana; lejos los maridos, allí desaparecían la Emperatriz, la Princesa y la Duquesa, y quedaban tres mujeres, tres hermanas que se quieren entrañablemente y que se cuentan sus secretos.

A la tarde, los paseantes pudieron volverlas á ver camino de Gmunden: andaban muy despacio, hablaban y saludaban discretamente á los diplomáticos. Se puso el sol, y las tres hermanas enmudecieron: pensaban en las tres alegres chicleas que, camino de Jugenheim, hará unos veinticinco años, corrían y cantaban. De seguro que se decían las tres: «Aquel era el buen tiempo.» Pero lo decían tan bajo, tan bajo, que los montañeses no acertaban á comprender por qué las tres augustas señoras se enjugaban los ojos.

Buen aldeano del Salzkammergut, no creas que siempre se está alegre cuando se es Emperatriz, ó Reina, ó Duquesa.

J. S.

## ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

¿Querrán creer mis lectoras que el personaje á la moda en París, el objeto de la curiosidad general y de las conversaciones particulares, es un famoso bandido llamado Allmayer?

Todo el mundo habla de él; admira la habilidad que ha desplegado siempre para escapar de las manos de la justicia; se citan los robos audaces, los escamoteos sorprendentes que ha ejecutado durante su corta vida, pues es aún joven; se hacen apuestas sobre si burlará

la vigilancia como otras veces, ó si en esta ocasión las pagará todas juntas; se cuenta que no le pierden de vista los guardias, que se han tomado las más minuciosas precauciones, á pesar de lo cual se espera á cada instante la noticia de que se ha evaporado.

La penúltima vez que estuvo preso se evadió empleando un rasgo de atrevimiento que, al escucharlo, pasma á la gente, lo cual en estos días no viene mal, pues está haciendo un calor madrileño, por no llamarle africano.

Estaba en la prisión muy tranquilo, y de pronto gritó:

—¡Un médico!... ¡Se muere!

—¿Quién? preguntó uno de los guardianes.

—No hay tiempo que perder... Iré yo mismo.

Y pasando por delante de dos celadores, continuó gritando:

—¡Un médico!... ¡Pronto, un médico!

Rápidamente llegó á la puerta, mostrando gran agitación y gritando:

—¡Un médico!... ¡Un médico!

Sorprendidos unos, confiados los centinelas de que ocurría alguna desgracia, y de que el que gritaba era un dependiente de la prisión, que con la urgencia no se había puesto el uniforme, le abrieron paso, y de este modo recuperó su libertad.

Podríamos añadir infinitos episodios por el estilo, que apasionan al público como todo lo que, pareciendo novela, es realidad.

La última fechoría de este Candelas parisiense ha sido un robo y un asesinato.

—Ahora no se escapará, dicen sus guardianes.

Y él, según cuentan, está muy tranquilo, repitiendo á los que le vigilan:

—¡Bah! Cuando ustedes menos lo piensen, estoy en los Estados Unidos.

En París constituye una verdadera fiesta lo que llaman la apertura de la caza.

Los caballeros se visten de cazadores, toman la escopeta y se dirigen á los cotos, á los bosques, á donde hay conejos, liebres y pájaros, decididos á no dejar bicho viviente.

Por supuesto que estos ímpetus se calman, y en su mayor parte estos terribles perseguidores de la fauna se contentan con hacer ejercicio y comer bien durante unos días.

Los pájaros y los conejos los conocen y no se apuran mucho.

Pero el entusiasmo de los que invaden las estaciones de los caminos de hierro y asaltan los vagones sólo es comparable al que despierta en Madrid la primera corrida de toros de la temporada.

Este año el entusiasmo ha estado á punto de ocasionar un crimen.

En la estación de Orleans se oyó de pronto una detonación. Los numerosos viajeros que esperaban la salida del tren se alarmaron.

—¡Algún impaciente! dijeron unos.

—¡Algún torpe! exclamaron otros.

Nada de eso; era que un fabricante de paraguas, armado de punta en blanco, encontró á un antiguo amigo, con el que había refido hace poco.

Verle, insultarle y dispararle un tiro, todo fué uno. Por fortuna la bala no hirió á nadie, lo que fué un milagro.

Pero el cazador fué cazado por la justicia.

En España habría dicho algún bromista:

—¡Ese ya ha cogido una liebre!

El mes de Septiembre es en París un compás de espera en el movimiento vertiginoso que caracteriza á esta gran capital. Sucede aquí en este mes lo que pasa en Madrid en el mes de Agosto; todos los que pueden se van al campo, á las playas, ó á viajar por el extranjero, en busca de descanso ó de distracciones.

Parece que la gran ciudad duerme, y no es verdad. Los que trabajan, velan y preparan en el silencio las maravillas con que sorprenderán al mundo entero en el próximo mes de Octubre.

En los grandes almacenes de novedades se activan los trabajos preliminares de las exposiciones de las novedades que la Moda ha ideado para el próximo otoño.

Como sucede en los teatros antes de la función, se hacen ensayos, se buscan efectos, se pone en prensa la imaginación para sorprender y agradar al público en general y á las señoras en particular.

Gracias á la influencia de Blanca Valmont, á quien conocen y estiman, lo mismo en el *Printemps* que en el *Louvre*, lo mismo en casa de M. Worth, el modisto de la aristocracia europea, que en la *Samaritana*, el bazar donde se surten las madres de familia, las mujeres caseras, las que buscan la sencillez y la economía; gracias, repito, á sus numerosas relaciones en esos templos ó capillas de la Moda, hemos podido asistir al espectáculo admirable de los preparativos de las exposiciones de novedades que comenzarán desde Octubre á recibir á las parisienses que regresen de sus excursiones y á las extranjeras que retrasen la vuelta á sus países para llevarse las modas más recientes.

En algunos de los almacenes pasan de mil los seres de uno y otro sexo que trabajan en la colocación



de los géneros, de los trajes, de las confecciones, de los prendidos, de los infinitos detalles que forman entre todos esa gran obra de la belleza artística.

A todas horas acuden fardos de telas de todas clases que envían las fábricas, prendas confeccionadas por operarias que llevan su trabajo. Todas las industrias presentan sus últimas creaciones, y deslumbra y fascina á pesar del desorden en que todavía se encuentra lo que muy en breve despertará deseos en los corazones femeniles de todo el mundo civilizado.

Pero Blanca Valmont os hablará de todas estas lindes. Yo me limito á revelar que el Director de LA ÚLTIMA MODA, á quien tengo el gusto de acompañar, en su afán de que su publicación sea la más completa en su clase, ha entablado relaciones con las casas más importantes de las que aquí se dedican á especialidades, y podrá, gracias á las correspondencias que recibirá desde el próximo mes en Madrid, tener al corriente á las lectoras, no sólo de las modas bajo el punto del traje y del adorno, sino del peinado, del calzado, del mobiliario, de los usos y costumbres, etc. Además, muchos de los artículos de utilidad y necesidad para las señoras, todas las novedades y hasta los caprichos verdaderamente femeniles que puedan desear, podrán adquirirlas fácilmente, pues al efecto se ha puesto de acuerdo con una casa de comisión, que enviará cuantos pedidos se le hagan. Respecto de los patrones, también ha hecho convenios que serán del agrado de nuestras favorecedoras. Poco á poco irán tocando estas ventajas y convenciéndose de que cuantos contribuimos á la confección de LA ÚLTIMA MODA abrigamos el vehemente deseo de complacerlas.

JUAN DE MADRID.

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS

**Marianela.**—Muchas y muy sinceras gracias por los inmerecidos elogios que me tributa. Queda anotado su seudónimo, con cuya elección da usted pruebas de un delicado gusto literario.

**Una rubia sensible.**—Celebro que esté usted tan satisfecha de los *Polvos de Candor*.

**A una gaditana en San Sebastián.**—¿Quiere usted que su hija, pollita de quince años, asista á un baile del Casino, y me consulta usted qué traje ha de llevar? Mi opinión es que el traje debe usted elegirlo de una forma muy sencilla, aunque no exenta de elegancia. Los géneros más á propósito son el velo crema ó rosa, ó bien un fulard azul pálido. Los adornos que están más de moda para estos trajes son los lazos de cinta con grandes caídas. El escote puede ser redondo ó completamente cuadrado por delante. El peinado formando lazos en la parte posterior de la cabeza, no exige ningún adorno.

**Magnolia Mensajera.**—Aprecio en lo que valen sus cariñosas confidencias. No tenga usted miedo nunca de cansarme con sus cartas. Comprendo que, aunque joven, ha sufrido lo bastante para hacerse acreedora á mis simpatías.

**L. de los A.**—No olvidaré el encargo que usted me hace en su apreciable carta. En cuanto sepa á punto

fijo (y me parece que ha de ser muy pronto) las modas que deban reinar este invierno, me apresuraré á complacerla, indicándole el color y la forma que crea más á propósito para el traje que usted me indica. Lo mismo le digo con relación á los sombreros.

**A. de B.**—No sabe usted lo que siento el trabajo que se ha tomado en buscar el seudónimo que me remite. Otra suscritora se ha adelantado á usted y consta con él en nuestro libro. Espero que no tardará usted en encontrar otro que lo reemplace, y me lo remitirá lo más pronto que pueda.

**J. P., de Vigo.**—En su amable carta ha padecido usted un olvido, que sentiría le sirviera de perjuicio. Ha omitido usted el poner las señas de su casa; así es que nos hemos visto obligados á enviar el ejemplar de *La Cocina Moderna*, que usted se sirvió pedirnos, al Centro de suscripciones que en esa provincia está encargado del reparto, para que se lo entregue á usted. Por este motivo es fácil que no haya usted recibido el ejemplar tan pronto como hubiéramos deseado.

**Margarita.**—Sí, señora; se acaba de publicar una nueva edición de *La Cocina Moderna*. El seudónimo que usted ha elegido no puede ser más poético. En la hoja de bordados del próximo número encontrará usted lo que desea.

**X., de Gijón.**—El *Pilivoro* Dusser, puesto en ésa, le costará 14 pesetas.

**M. de B., Luchana.**—El administrador me dice que se le remitió á usted un paquete con los números anteriores al del 25 de Agosto. Reclámelos en esa Administración, ó vea usted si por equivocación están en la de Bilbao. En el paquete se le pusieron las señas que nos indicó nuestro corresponsal (Carmen, 22); en los envíos sucesivos se corrigieron por indicación del mismo.

LA SECRETARIA.

## EXPLICACIÓN DEL FIGURÍN ACUARELA NÚM. 4.º QUE SE REGALA CON ESTE NÚMERO

**Trajes para niñas.**—Núm. 1. *Traje para niña de nueve años.* Chaqueta muy larga, cortada en grandes aldetas, de fulard gris, abierta por delante sobre una camiseta plegada de encaje blanco. La falda está cubierta por una segunda falda de encaje. Una doble sardinetas de pasamanería de seda sujeta la chaqueta en el talle. Cuello vuelto y puños de encaje blanco. Sombrero de paja gris, adornado con un doble lazo de cinta y un penacho de plumas.

Núm. 2. *Traje para niña de seis años.* De lanilla verde claro. Cuerpo largo, unido á la falda bajo un cinturón de cinta, anudado delante. Una ancha tira de lana listada, encarnado y rosa, adorna el bajo de la falda. Bolsillos de lo mismo. El cuerpo está escotado sobre una camiseta plegada de la misma tela, rodeada con tiras listadas. Mangas huecas con pequeños puños. Sombrero de paja color rosa, forrado de seda encarnada, adornado con un bonito ramo de margaritas, con follaje.

Núm. 3. *Traje para niña de cuatro años.* Forma blusa, de velo encarnado. Escotado en forma de corazón, sobre una camiseta bordada de muselina color de rosa. Un cinturón bordado, rodeado de un volantito de muselina, sujeta el trajecito en la cintura. Sobre-

ro de paja rosa, adornado con un lazo de muselina y encaje.

Núm. 4. *Traje para niña de siete años.* Este sencillo traje se confecciona con un pañito muy ligero, color verde tornasolado. Es de una sola pieza y está plegado y cruzado por delante, mientras que por detrás tiene la forma de una batita. Un cinturón ruso bordado con *soutache* encarnado rodea la cintura. Una sola solapa, también bordada, cruza el pecho. Mangas lisas con carteras bordadas. Sombrero redondo, adornado con un lazo de cinta.

## PASATIEMPO

MOSAICO

- 1.ª línea horizontal y perpendicular de la derecha.—Vocal.
- 2.ª ídem íd.—Una sílaba con la que no puede terminar ninguna palabra castellana.
- 3.ª ídem íd.—Nombre de mujer.
- 4.ª ídem íd.—Lo que no tiene ángulos.
- 5.ª ídem íd.—Rey godo.
- 6.ª ídem íd.—Cosa poco común.
- 7.ª ídem íd.—Un pecado.
- 8.ª ídem íd.—Una negación.
- 9.ª ídem íd.—Vocal.

(La solución en el núm. 40.)

Solución al pasatiempo del núm. 36:

CA—RE—TA  
RE—ZA—BA  
TA—BA—CO

La han presentado las señoras y señoritas doña C. Rico, F. Fontdevila, E. Carreras y C. Barceló, de Barcelona; Sol, Florinda, Magnolia Mensajera, doña Carmen Calderón, de Ferrol, Ana Bolena, haciendo notar de paso una errata que se deslizó en la explicación de este pasatiempo; doña Carmen y doña Mercedes Rojo, de la Coruña, y Una admiradora de Bequer.

También han presentado la solución al anagrama del núm. 35 las señoras y señoritas doña Ramona de Basterrechea, de Bilbao; doña Carmen Baztán, de Pamplona; Magnolia Mensajera, Florinda, Una insoluble, Colombina, Mam'zelle Nitouche, y Tulipán.

**La Última Moda.** Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas.—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro.—Filipinas: 6 p. f.—Portugal: seis meses, 1,500 reis. Por comisionado, 1,800.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

## TALLER - ESTUDIO DE DIBUJO

PARA LABORES Y BORDADOS

DE

## La Última Moda.

bajo la dirección de

D. MANUEL SALVI

Reina, 25, Madrid.

Se reciben encargos de toda clase de labores en el Taller y en la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

Claudio Coello, núm. 13, principal.

MADRID

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

## La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial

PREPARADO AL BISMUTO

Por CH. FAY, Perfumista

9, rue de la Paix, 9, PARIS

### ALBUMS DE DIBUJOS Y ABECEDARIOS

para bordados, por D. Manuel Salvi.—Albums de cuatro ó cinco abecedarios para pañuelos, 40,75 y 41,50 pesetas, y de un abecedario, á 35 céntimos.—Albums de abecedario para marcar sábanas, á 2 y 3 pesetas; con el mismo dibujo para almohada, á 1,50 uno.—Albums de letras para mantel y servilletas, á 1,50 y una peseta.—Albums de letras enlazadas. Cada uno contiene 48 enlaces, y en cada cuaderno hay combinaciones con una letra del alfabeto. Precio de cada cuaderno: una peseta.

Pídanse á la Administración de LA ÚLTIMA MODA. Si el envío ha de certificarse, remítanse 50 céntimos de peseta para el certificado.

EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta.—Pídanse á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

Perfumería de Candor (Paris).

## POLVOS DE CANDOR

PARA EL CUTIS (BLANCO.—ROSA.—RACHEL)

Precio de la caja, 4 pesetas. Por correo certificada, 5 pesetas.

Se hallan de venta en la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

ACEITE MARAVILLOSO PARA HACER brotar el cabello. Precio del frasco, 10 pesetas. Pídanse á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

EXPOSITION UNIVERS<sup>le</sup> 1878  
Médaille d'Or Croix de Chevalier

LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

PERFUMERÍA ESPECIAL

## LACTEINA E. COUDRAY

Recomendada por las Celebridades medicas de París PARA TODAS LAS NECESIDADES DEL TOCADOR

### PRODUCTOS ESPECIALES

JABON de LACTEINA, para el tocador.  
CREMA y POLVOS de JABON de LACTEINA para la barba.  
POMADA a la LACTEINA para el cabello.  
COSMETICO a la LACTEINA para alisar el cabello.  
AGUA de LACTEINA para el tocador.  
ACEITE de LACTEINA para embellecer el cabello.  
ESENCIA de LACTEINA para el pañuelo.  
POLVOS y AGUA DENTÍFRICOS de LACTEINA.  
CREMA LACTEINA llamada raso del cutis.  
LACTEININA para blanquear el cutis.  
FLOR de ARROZ de LACTEINA para blanquear el cutis.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA

PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS

Depósitos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

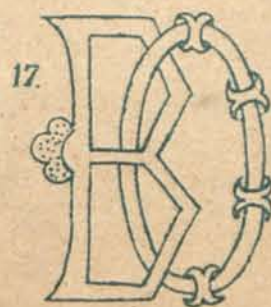
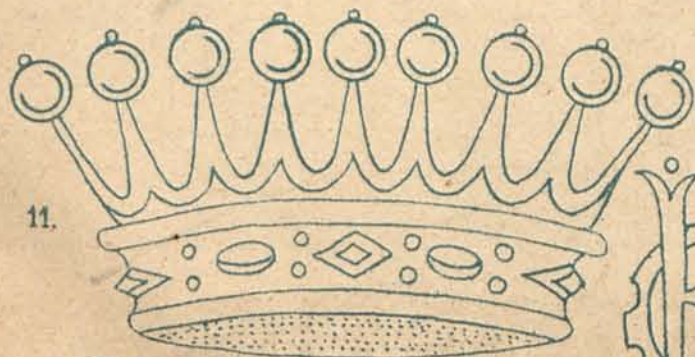
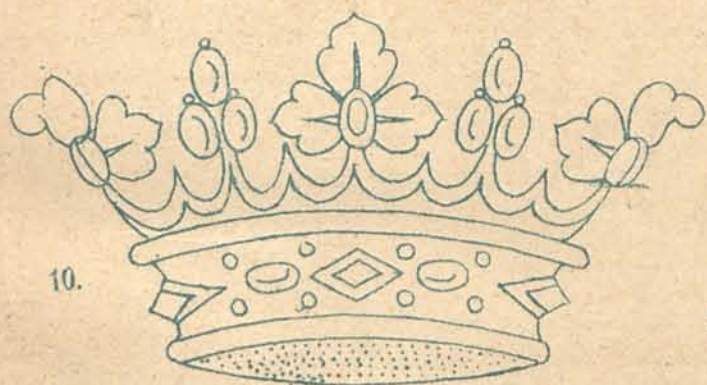
# LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el «non plus ultra» de los polvos para la belleza. Su composición absolutamente nueva bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones más delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.). — **DUSSEY, Inventor, 1. Rue Jean-Jacques-Rousseau, Paris.** (En América, en todas las Perfumerías). Madrid: MELCHOR GARCIA, y en las Perfumerías de PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías de LAFONT, etc.



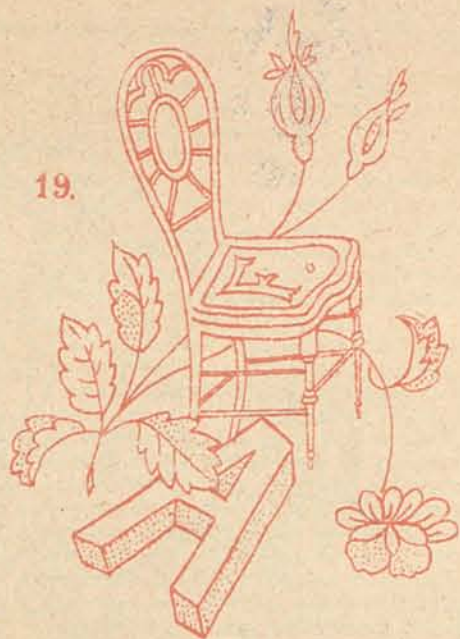
LABORES ESPECIALES

Regalo á las suscriptoras de "LA ÚLTIMA MODA"



Romana





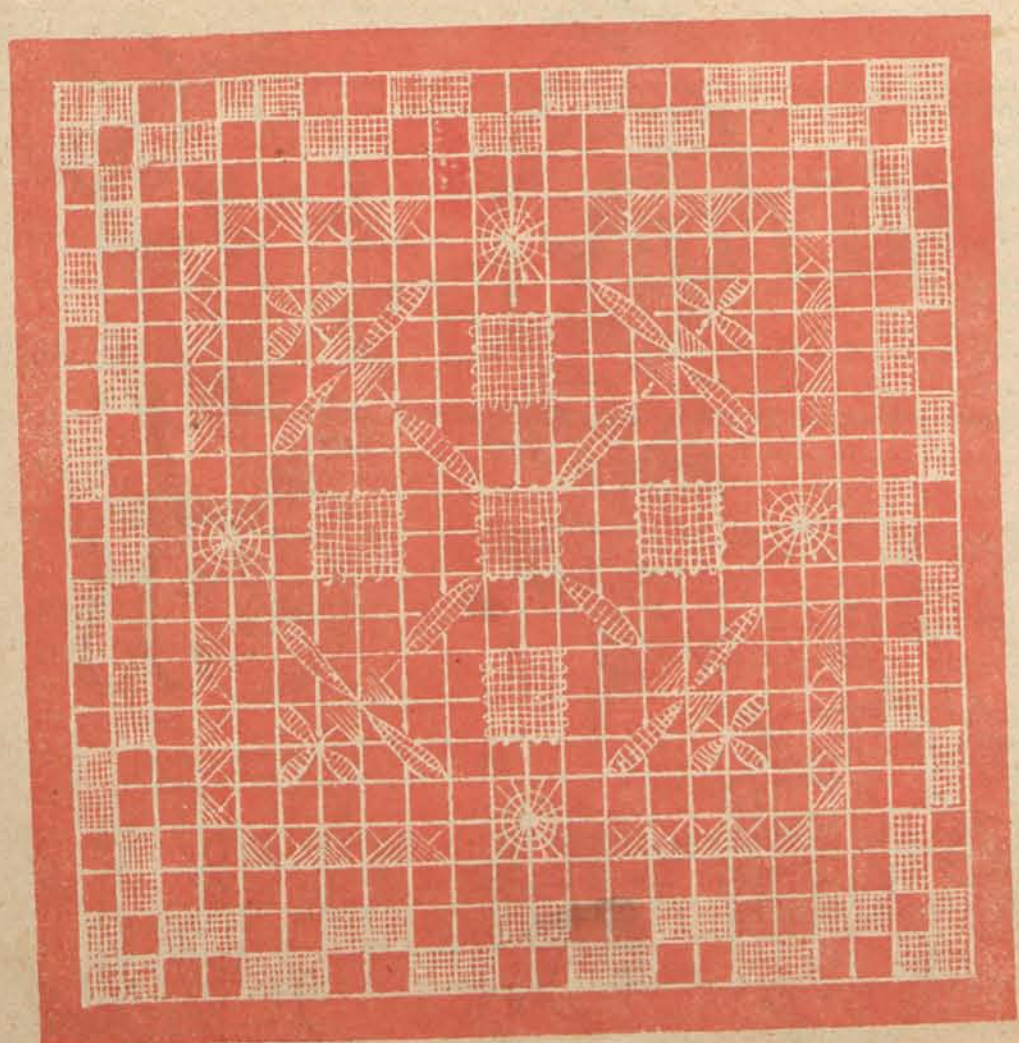
25.



26.



27.



34.



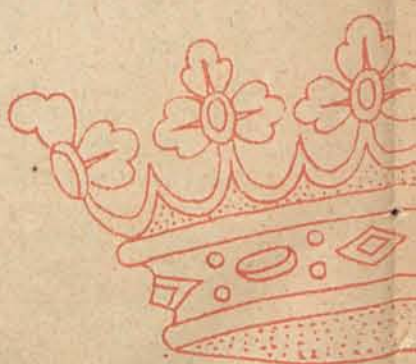
32.



33.



35.



36.





30.



31.

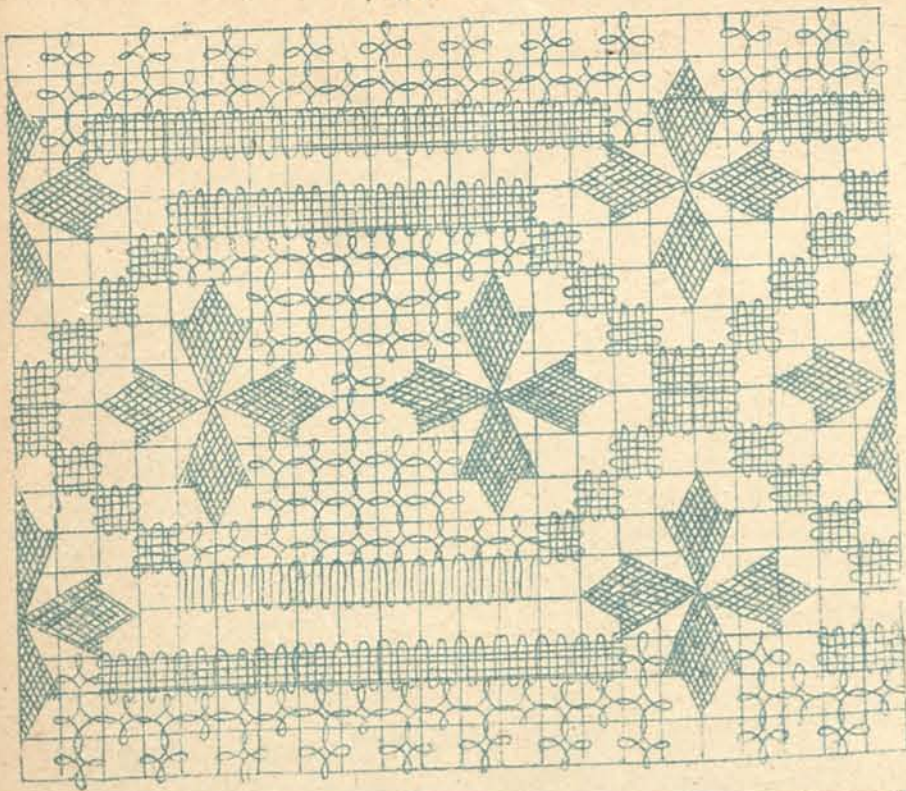


37.

38.

M. SALVI  
Dibujante Reina 25.  
Madrid





A B C H

G D Y K

E F L M

N O T U

P Q V X

R S Y Z

